

La *Kulturkritik* y la formación de la sociología alemana: Ferdinand Tonnies, Georg Simmel y Max Weber*

Aurélien Berlan

Université Toulouse

Traducido por Jorge Enrique González Rojas**

Universidad Nacional de Colombia, Colombia

En relación con las ciencias sociales que se presentan bajo la forma de una reflexión empírica, la filosofía social y política se propone un objetivo normativo: pensar las normas y los ideales que sería posible y deseable encarnar en la realidad histórica, a nombre de los que es legítimo criticar su estado actual. Desde hace mucho tiempo y de manera creciente la filosofía social y política adopta la forma de *Teoría de la justicia*, presupone la crítica del mundo en el cual se vive y procede a denunciar sus injusticias. No obstante, tal parece que este modelo no permite pensar todos los discursos críticos sobre el presente.

La alienación, la anomia, la deshumanización de las relaciones humanas y el aislamiento del ser humano en la sociedad moderna, la uniformización del mundo, su “comercialización” o su degradación (por ejemplo la del medio ambiente) no son “injusticias”. No se trata de problemas cuantitativos concernientes a la desigual repartición de los bienes (materiales o inmateriales) entre los seres humanos, sino de “males” o “patologías” susceptibles de ser resentidas violentamente por cada uno de nosotros. Al respecto nos encontramos aquí frente a una crítica que se dirige a las condiciones de vida concebidas como malsanas, perjudiciales y degradantes y que se refiere entonces a una concepción cualitativa de la vida humana, es decir, a teorías de la vida “buena y sana”.

Históricamente este modelo de crítica está ligado estrechamente y en forma ambivalente a la modernidad. Se trata de un discurso típicamente moderno porque se dirige a los efectos negativos de la modernización impulsada por el desarrollo económico capitalista. Al mismo tiempo, se trata de una crítica de la modernidad que no solamente puede conducir a consideraciones antimodernas, sino que desde el punto de vista filosófico

* Artículo publicado originalmente en *Labyrinthe*, 23, 2006. N. del T. *Kulturkritik* aparece en alemán en el artículo original.

** Doctor en Letras y Ciencias Humanas, Université De Paris X (Paris - Nanterre). Profesor asociado, tiempo completo, Departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Correo electrónico: jegonzalez13@gmail.com

parece presuponer formas premodernas de justificación. En efecto la modernidad normativa en Kant se caracteriza precisamente por la prioridad concedida a la “justicia”, de la cual se estima que es susceptible encontrar una solución racional y universal a propósito de la clásica pregunta por la “vida buena y feliz”, que es remitida a la arbitrariedad de las preferencias subjetivas y a la contingencia de las formas de vida históricas. Estamos atrapados, puesto que la crítica de las patologías de la modernidad es constitutiva de la reflexión moderna y desborda sus marcos normativos. Desde el punto de vista normativo esta crítica es a la vez indispensable e injustificable; desde el punto de vista fáctico, es inevitable e inconfesable.

La crítica de las patologías se cruza con la reflexión social y la filosofía moral. El propósito de este artículo es plantear esta problemática desde el punto de vista de una arqueología de la sociología alemana. Esta se conformó en una época en la que el discurso crítico de la modernidad —del que ciertamente encontramos algunos elementos en Rousseau y los románticos— tiende a generalizarse bajo la forma de *Kulturkritik*, vasto movimiento intelectual que agrupa a filósofos (Nietzsche, Dilthey, Ludwig Klages, Theodor Lessing, Rudolf Eucken), escritores (Thomas Mann, Robert Musil), poetas (Hugo von Hofmannstahl, Georg Trakl, Stefan George y su círculo), historiadores (Jakob Burckhardt, Ernest von Lasaulx), nacionalistas (Julius Langbehn y Paul de Lagarde), etc. Todos estos comparten una sensibilidad crítica respecto del mundo industrializado, se oponen a la religión del progreso y el racionalismo en su forma de cientificismo y utilitarismo, y se inquietan por el destino de la humanidad en un mundo dominado por el desarrollo económico convertido en un proceso autónomo.

Fue en ese contexto que se formó la sociología alemana por Ferdinand Tönnies (1855-1939), Georg Simmel (1858-1918) y Max Weber (1864-1920), adoptando la forma de una “crítica cultural”. En efecto, estos autores tienen en común hacer de la sociología una ciencia crítica del presente que se caracteriza por un doble programa. De una parte, se trata de hacer un diagnóstico de su época y es entonces, *grosso modo*, el mismo conjunto de patologías que denuncia: pérdida de sentido y pérdida de la libertad, alienación y reificación, deshumanización y despersonalización. Las nuevas condiciones de vida repercuten sobre la estructura psíquica de los individuos: el intelectual calculador toma la delantera de las disposiciones de los humanos, especialmente en las facultades morales de sentir y juzgar, facultades que se vuelven superfluas por una organización social que no cuida de los individuos y los reduce a no ser más que los engranajes de una maquinaria que los sobrepasa y los oprime. El futuro pertenece a los “expertos desalmados” y a los “hedonistas sin corazón”, según las expresiones de Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. De otra parte, se trata de comprender el proceso que ha llevado a esta situación: la modernización es concebida a través del paradigma de la racionalización, que no es una realización afortunada de la razón en la historia, sino una reificación trágica de la racionalización formal

e instrumental en la organización social. Es el paso de la comunidad a la sociedad (Tönnies), la universalización de la lógica monetaria (Simmel), la burocratización y el desencantamiento del mundo (Weber).

Los “padres fundadores” de la sociología alemana nos heredan los temas y el tono pesimista de la *Kulturkritik*. Las páginas en las que Weber evoca la “jaula de hierro” de la civilización moderna son, desde este punto de vista, muy representativas. Pero Weber toma distancia rápidamente respecto de la crítica cultural que viene de expresar, con el propósito de afirmar la objetividad de su enfoque sociohistórico. Otros planteamientos de Weber, Tönnies y Simmel testimonian esa voluntad de separarse, en el plano político y metodológico, respecto de un discurso más literario que científico que se inclinaba a idealizar el pasado. En ese orden de ideas, sería inexacto asimilar completamente a estos sociólogos en la *Kulturkritik*. Por el contrario, se trata de analizar los desplazamientos por los cuales van a reformular en el plano teórico las inquietudes de su época. El interrogante principal será ¿cómo pasar de intuiciones propias del sentido común a un diagnóstico basado en la razón científica?

En este proceso dinámico de la formación de la sociología alemana la noción de cultura toma una importancia considerable en tres ámbitos. En primer lugar, permite definir una metodología contraria a la de las ciencias naturales. Si las relaciones de esta sociología con la *Kulturkritik* distan mucho de ser unívocas, es precisamente porque esta última tuvo una fuerte inclinación anticientífica y antisociológica. Los sociólogos que estamos estudiando fundaron una disciplina que es a la vez una forma de crítica cultural y una ciencia, en un ambiente de hostilidad a la ciencia en general y a la sociología en particular, en la medida en que la segunda estaba asociada al positivismo de Comte y al utilitarismo de Mill, expresiones típicas de esa forma de racionalismo que la *Kulturkritik* repudiaba.

Aun en contra del optimismo racionalista, los pioneros de la sociología alemana tuvieron que construir una nueva sociología que pudiese integrar los temas de la *Kulturkritik*, pero tratados con un método que no pudiera prestarse a la crítica de ser una forma de naturalismo. Fue en la epistemología de las ciencias de la cultura (*Kulturwissenschaften*) que encontraron los instrumentos conceptuales para transformar la “física de lo social” en lo que se puede asumir como una hermenéutica cultural, esto es, una reflexión sobre el significado de las mutaciones históricas para la humanidad.

Llegamos así a un segundo punto importante: la noción de cultura define un campo de investigación más extenso que el de lo “social” concebido como entidad *sui generis*, un campo en el que la sociología hereda de la *Kulturkritik* la historia de las civilizaciones y de la filosofía la influencia de Nietzsche, quien afirmaba “En lugar de la ‘sociedad’ la *Kultur* es mi principal interés”. En síntesis, si la crítica se denomina cultural es porque el mundo moderno es evaluado en la medida de las posibilidades que “cultiva” en la humanidad. La referencia a la cultura designa, pues, un método original de investigación que permite enfrentar

estos interrogantes: ¿de qué manera los contextos culturales orientan la génesis de la personalidad humana?, ¿influencia el desarrollo de unas disposiciones a actuar, inhibiendo otras?

Al plantear estos interrogantes desde una perspectiva empírica, la sociología alemana toma una problemática que atraviesa la filosofía de Platón a Montesquieu: la relación entre las instituciones y los hábitos humanos. La originalidad de estos sociólogos consiste en extender esta problemática, originalmente focalizada sobre las instituciones políticas, al conjunto de las condiciones de vida. Esta extensión retoma una experiencia nueva que está en la raíz de la *Kulturkritik* y de la sociología alemana, a saber, la Revolución industrial que, a la manera de la Revolución neolítica, constituyó un cambio de inmensas consecuencias para la vida humana, un cambio que fue más brutal en Alemania donde la industrialización fue hecha de manera rápida y tardía.

Por último, se comprende entonces la especificidad de la sociología alemana, especialmente si se compara con la sociología francesa, por ejemplo. Si esta última fue fundada a principio del siglo XIX para entender la revolución política de 1789, la sociología alemana se constituyó en respuesta a una revolución de origen económico. En tanto que la primera teme a la anarquía revolucionaria tratando de salvar el progreso (piénsese en el lema del inventor del término “sociología”, A. Comte: “orden y progreso”), la segunda pone en cuestión este “progreso” impulsado por la industria, así como el orden asfixiante que pone en vigor en nombre de un ideal de vida que las nuevas condiciones de existencia parecen amenazar. De esta manera contribuye a una reflexión crítica de la modernidad sobre sí misma, problemática que parece cada vez más actual¹.

1. N. del T. Este artículo es un subproducto de la tesis de doctorado de Berlan, dirigida por C. Colliot de la Université de Rennes 1 y A. Honnet de la Goethe-Universität. Esa tesis obtuvo el premio al mejor trabajo de filosofía en Fráncfort en el año 2009